

Ernesto Romero, el cuidador que “hablaba” a través de sus caballos

El martes falleció a los 75 años y con él se fue un profesional con más de 40 años de carrera, dueño de un estilo propio, forjado en base a triunfos memorables y con un bajo perfil.

La noticia nos sorprendió en la redacción de REVISTA PALERMO a media tarde y en pleno cierre de una edición diaria (Palermo Rosa del viernes) y la de la semanal (Palermo Blanca): murió el entrenador Ernesto Romero. Tras recuperarnos del sacudón emocional, aunque el profesional hacía rato que luchaba contra una terrible enfermedad la noticia resultó inesperada, la decisión fue publicar la noticia dura. Un profesional como Ernesto, con más de 40 años de carrera en el turf argentino, se merecía una nota como la que aquí publicamos y la que persigue, humildemente, brindar unas pinceladas de la vida de un entrenador que alcanzó triunfos memorables.

“Creo importante para un cuidador tener un buen manejo de las palabras y en ese sentido reconozco que soy algo tímido. Pero también soy un hombre que va de frente, que no sabe mentir ni hacerle el verso a los propietarios...”. Eso le contaba Ernesto Romero al colega y amigo César Gonseski en una nota publicada en Clarín el 23 de setiembre de 2002, y de esas palabras del entrenador surgía lo que en su vida profesional fue su estilo, una forma de ser y de entender su oficio. Lejos de la grandilocuencia y haciendo uso de un bajo perfil que lo acompañó hasta su último día. Puede decirse que Romero hablaba a través de los ejemplares que entrenaba.

Ernesto Romero había nacido en Corrientes, desde donde había viajado a La Plata con su sueño de seguir su carrera como jockey. Sueño que quedó trunco a poco de llegar a la Ciudad de las Diagonales: “Eran tiempos duros, no había dinero para ir a la escuela así que para subsistir me puse a trabajar de peón y debí abandonar aquella idea de ser jockey...”, recordaba en aquella misma entrevista. El peso también conspiró con aquella primera ilusión. Después llegó la etapa de formación junto a Felipe Costa, en San Isidro.



Ernesto Romero ganó el Pellegrini con Algenib y recibió el premio de manos del presidente Carlos Menem

El sacrificio acompañó siempre la vida de Ernesto quien, para no abandonar su sueño de ser cuidador, hasta puso una verdulería en el garaje de su casa: “La plata no alcanzaba y fui verdulero durante algunos años. Mientras

que a la mañana atendía algunos caballos, mi señora se ocupaba del negocio. Después a la tarde lo atendía yo y a las 8 de la noche iba al mercado y volvía a la una de la mañana. Dormía sólo tres o cuatro horas y me iba de nuevo al



LINGOTE DE ORO



stud...”, le contaba Romero a Gonseski sin ponerse colorado.

Pero tanto sacrificio finalmente valió la pena, y el gran espaldarazo para el preparador llegó en los noventa y a través de la caballeriza El Galo, que le compró cuatro potrillos entre los que estaba el crack Algenib: “No me alcanzan las palabras para agradecerle a la familia Bauer, porque gracias a esos ejemplares que me confiaron pude hacerme un lugar en la actividad. Sin dudas Algenib fue el mejor, lo elegí yo y costo 4500 pesos. Después vinieron El Meteoro, El Coliseo y Crisolito, con los que gané un montón de carreras”, recordaba con una mezcla de orgullo y felicidad.

Con Algenib, el 12 de diciembre de 1990 Romero hizo realidad el sueño de todo entrenador al ganar el Gran Premio Carlos Pellegrini (G1). Esa tarde de verano de tribunas super pobladas Ernesto recibió el trofeo de manos del mismísimo presidente de la Nación, Carlos Saúl Menem, el último mandatario en pisar un hipódromo. Unos meses antes, con el notable ejemplar criado por Haras Comalal había abrazado la gloria en el Jockey Club (G1).

Con el tiempo Ernesto Romero fue considerado un especialista en el fondo. Sus



STAR RUNNER

cuatro triunfos en el República Argentina (G1) con Maipo Fitz (2001); Mr. Redford (2004); Lingote de Oro (2010) y Star Runner (2011), entre otros, lo avalaban.

El currículum de Romero incluiría otros nombres como los de Lord Card, Todo Un Amiguito, Papa Inc, Thunder One y He Runs Away, ejemplares con los que el preparador escribió páginas doradas del turf nacional y dejó su sello.

Ernesto Romero fue profesional y formador a la vez. Sus hijos Gustavo y Mariano tienen de ahora en más la responsabilidad de seguir su legado. Su colega José González, quien fue su capataz y uno de sus mejores alumnos, le

agradece hoy el poder abrazar con la misma pasión tan noble profesión.

“Yo vivo para los caballos, y a veces estoy más tiempo con ellos que con mi familia. Soy muy obsesivo con el trabajo. No sé si está bien, pero esa es mi forma de trabajar”, le decía Romero a Clarín, acerca de su modo de ver una profesión que abrazó con todas sus fuerzas y con una pasión que lo acompañó hasta el último día que entró en su stud. Porque así fue Ernesto, un hombre amable, de pocas palabras y que habló a través de los ejemplares que cuidó.

✉ **Por Héctor Raúl Torres**
hectortorres@revistapalermo.net



TODO UN AMIGUITO



Ernesto Romero junto a José Ricardo Méndez, jinete con el que conformó un binomio muy exitoso